

EL RENACIMIENTO.

Entrega 7.^a—25 de Abril 1847.

BELLAS ARTES.

DAMIAN FORMENT.

La fama de muchos artistas que brillaron en los pasados siglos está hoy entre nosotros tan eclipsada, y tan reducida á un pequeño círculo de admiradores, que casi parece borrada de la memoria de los hombres. En vano los cronistas del arte nacional han consignado los nombres en las páginas de la historia; nuestra inercia y apatía, y el espíritu de rutina, hacen que solo veamos con predileccion lo que se hizo bajo la influencia de nuestras máximas favoritas, ó lo que á nuestra vista se presenta con mas constancia, ó lo que lleva el sello de la novedad. Esta suerte ha cabido principalmente á los escultores y estatuarios españoles, cuyas obras han quedado como sepultadas en nuestros monasterios y catedrales, y por consiguiente la admiracion de ellas circunscribe á una comarca ó provincia jamás visitada con este objeto por nosotros.

Si es negado á nuestro escaso talento celebrar dignamente el mérito de aquellos, parécenos obligacion sagrada el recordarlo á la posteridad olvidadiza en las páginas del Renacimiento, y pagar asi esta deuda de gratitud hácia los que á grande altura elevaron el arte entre nosotros. Y no solamente en ellas revivirá su memoria, sino que tambien presentaremos sus semblantes á las miradas de los adeptos. Estos retratos, perdidos ú olvidados, y cubiertos con el polvo de dos siglos, saldrán á luz por vez primera, aumentando asi el escaso número de los que se han salvado de nuestra incuria y negligencia. Hoy que se prodiga esta especie de apoteosis á personas harto insignificantes, no dudamos que tenga doble interés el perpetuar en cierto modo la imágen de uno de

Tomo I.

los mas célebres estatuarios españoles, asi como la de otros artistas eminentes que nos proponemos publicar, con noticias igualmente desconocidas.

Escasas son, y debidas al aragonés Jusepe Martinez (pintor de Felipe IV), las noticias que nos han quedado de Damian Forment. Imposible parece esto á pesar de su extraordinario mérito, de sus numerosas obras, y mas que todo, hoy seria mas extraño, á pesar de la grandísima fortuna que dejó *«aquel famoso escultor y estatuario, que con los célebres de la antigüedad quieren compararle (1).»* Estas palabras del elegante historiador de S. Gerónimo casi en el apogeo de la grandeza artística de España, prueban la fama de Forment, que jamás estuvo en Castilla, y lo caduco de las grandezas humanas, pues dos siglos y medio solamente han bastado para oscurecer una reputacion tan bien sentada.

La tradicion y el manuscrito del citado Martinez dicen que Forment fué valenciano de nacion; que fué á estudiar á Florencia en la famosa escuela de Donatelo, insigne escultor, digno de compartir con Ghiberti y Miguel Angel las glorias de la escultura en aquella tierra clásica á las artes. Donatelo, antes que la moda y la pedanteria artística pusieran la ostentacion de la ciencia anatómica como condicion precisa para constituir un grande artista, antes que se tomaran, en una palabra, los medios por el fin, ha sido el ástro mas brillante de la estatuaria florentina. Su nombre vuelve

(1) Sigüenza, historia de la orden de S. Gerónimo, parte 3, libro IV.

ya á pronunciarse con singular veneracion, y la Europa artística, que se desdice hoy de sus prevenciones y rutinas, hoy que la razon establece que el arte no es la afectacion del arte, ni una vana ostentacion de los medios, sino que su mision es reproducir lo bello y perfeccionar al hombre deleitándose, hoy, lo repetimos, Donatelo vuelve á ocupar el puesto preminente en que justamente le colocó la patria y la época de Cosme el grande, de Lorenzo el magnífico, de Marfilio y Policiano, y la del sublime pintor de Urbino. Florencia, en una palabra, menos agitada por las civiles discordias que otros Estados italianos, podia llamarse la moderna Atenas, pues los papas que á Roma gobernaban estaban muy distantes de dar el impulso que en el siglo siguiente dieron á las artes Julio II y Leon X. Asi Florencia fué el estudio mas fijo de Damian Forment, pues aunque no alcanzase á Donatelo, aun quedaba harto reciente su memoria. Allí se ofrecieron á su estudioso ardor sus insignes obras y las escelentes prácticas y preceptos transmitidos por sus secuaces y discípulos, entre los cuales son bien célebres Juan de Pisa, Michelozzi, Nani, Antonio de Banchi, y sobre todo el gracioso y elegante Roselini. En este periodo, en que Lorenzo Ghiberti concluia sus famosas *puertas del cielo*, como dice Miguel Angel, parece estar colocada como en su punto céntrico, ó como en el zenit de su perfeccion, la estatuaria eminentemente cristiana, que tan distante se hallaba del goticismo, de la sequedad de las formas y de la innoble y equívoca expresion de los afectos del primer periodo del arte, como de la pedantesca y arrogante escultura de muchos de los discípulos del Buonarroti, que sin el talento del eminente florentino violentaron, con estravagantes contorsiones, haciendo alarde de la ciencia anatómica, las imágenes que debian inspirar á los fieles la humildad evangélica y la uncion mas religiosa.

Asi Damian Forment se halló en la época mas brillante de la estatuaria cristiana, á la que parece dedicó esclusivamente su extraordinario talento. Los primeros años del siglo XVI viéronle regresar á su patria. Nutrido con tan grandes estudios, é inspirado por las máximas de escelentísimos modelos, emprendió en fino alabastro el retablo suntuoso de la Iglesia metropolitana del Pilar de Zaragoza. Los colores y dorados, y el humo de las luces é incienso que despues de tres siglos han oscurecido aquella obra maestra, no permiten juzgar de toda su belleza. Pons en el tomo 15 de sus viages hace de él los elogios

merecidos, y da una ligera idea de su composicion. Asi no creemos deber fatigar á nuestros lectores con su descripcion, reservándonos hacer en otro número la del magnífico altar de la catedral de Huesca, digno mausoleo de tan grande artista (1), ya por ser la obra maestra de Forment, ya porque es enteramente desconocido del benemérito abate, y de cuantos han publicado escritos de nuestras artes. Tambien es fama que en la misma capital del antiguo reino labró Forment el retablo de la parroquial de S. Pablo, y el cronista Dormer afirma ser obra suya y de finísimo alabastro el de la Iglesia de Velilla, donde existió la célebre y fatídica campana. Asi Aragon puede gloriarse de poseer todas las producciones del ilustre valenciano, entre otras muchas de singularísimo mérito, debidas á Berruguete, á *Tudelilla*, Ancheta, y otros artistas insignes que decoraron con suma magnificencia sus templos, sus palacios, y las espléndidas moradas de sus ricos hombres en el mas brillante periodo de las artes.

V. Carderera.

STABAT MATER DE ROSSINI.

Cuando el célebre Rossini vino á Madrid, en el verano del año 1829, toda persona de algun viso en la sociedad se hizo un deber de agasajarle lo mejor que pudo, ó lo mejor que supo, pero sin acordarse del talento que tanta fama habia dado á su nombre, ó al menos, sin dar muestras de que se tenia presente: ¡olvido por cierto tan general como difícil de explicar! Todo el empeño era convidar á Rossini á... comer; pero de componer ¿quién le habló? Acaso una sola persona, y esta fué el Excmo. Sr. D. Manuel Fernandez Varela, comisario general de Cruzada á la sazón. Este señor, cuyo gusto por las bellas artes, cuya esplendidez en todo su trato, y cuya generosidad eran bien conocidos del pueblo de Madrid, y formaban fuerte contraste con la mezquindad de ideas que tanto suele predominar entre nuestros grandes, pidió á Rossini que le escribiese algo; pero advirtiéndole que fuese en el género sagrado para que, siendo eclesiástico, pudiese acep-

(1) En el basamento del citado altar está el retrato en busto de Forment entre una corona de flores y frutas, labradas delicadamente. Este es el que damos en el número de hoy. Habiendo fallecido apenas terminado el retablo sospechamos que esté enterado á los pies del altar en un ángulo de la entrada de la Sacristía.

tar la dedicatoria con propiedad. Rossini conocia muy bien que el género sagrado difiere mucho del profano, y mas del puramente teatral, que era en el que tanto se habia ejercitado y tantos triunfos habia obtenido. Sabia tambien que se puede escribir muy bien en un género y muy medianamente en otro. Por fin, dotado de verdadero talento, y por consiguiente libre de las fascinaciones que el orgullo suele levantar en las cabezas débiles, no se consideraba en estado de manejar con mucha propiedad el género sagrado. Pero ¿cómo negarse á los ruegos del Sr. Comisario de Cruzada? ¿cómo despreciar sus generosas insinuaciones estando toda su vida acostumbrado, como lo estaba Rossini, á tratar de intereses con empresarios de teatro y marchantes de música? Rossini accedió, y prometió componer un *Stabat*.

Pasó el tiempo señalado, y algo mas. Por fin llegó el *Stabat*, y el Sr. Varela trató de hacerlo ejecutar con todo el esmero posible. La iglesia escogida al efecto fué san Felipe el Real, que en aquella ocasion se convirtió en un verdadero campo de Agramante, como sucede siempre entre nosotros cuando se trata de hacer alguna funcion extraordinaria en el templo. Sea dicho de paso, no alcanzamos el interés que necesariamente debe haber en consentir el vergonzoso desórden que reina en nuestras iglesias. Porque si no hubiese un interés, y grande, en permitirlo, ¿cómo se habia de tolerar? Abrir las puertas de un templo á un pueblo sin mas precaucion que se abririan á un rebaño, y sabiendo que el pueblo ha de entrar tambien poco mas ó menos como entraria el rebaño.... ¿con qué objeto se puede permitir? Si es con el de alejar del templo á todos los fieles amantes de la oracion y del verdadero culto, nos parece perfectamente calculado. Pero dejando esto á parte, sigamos hablando del *Stabat* en cuestion, que se ejecutó, y si no se escuchó, porque esto era imposible, al menos se oyó. Se hallaba en el templo un amigo de Rossini, que al dia siguiente partió para Paris, y tuvo á poco de llegar el siguiente diálogo con el autor del *Stabat*, que no deja de ofrecer interés. Despues de hablar del efecto en general y de la ejecucion, etc.—*¿Y á V. qué le ha parecido?* preguntó Rossini al viagero.—*¿Y quién soy yo para juzgar una obra como esa?* contestó este.—*Déjese V. de cumplimientos y hábleme francamente, en la inteligencia de que yo deseo conocer hasta dónde llega su juicio de V. en música. y al mismo tiempo su sinceridad.* Animado el madrileño con este language, tan franco y tan llano, contesta.—*Pues bien, mi opinion poco vale, pero hêla aquí. Me parece el STABAT una obra muy desigual. En-*

cuentro en ella cuatro pedazos de grandísimo mérito, y los restantes muy inferiores.—Basta, dice Rossini, ya veo que la ha escuchado V. con atencion, y con indulgencia. Hay, en efecto, cuatro números que yo escribí con tiempo y con gusto, y que son medianitos. Lo demás fué, como se suele decir, de prisa y corriendo, y de cualquier modo. No vale nada. Mi intencion era volver á escribir estos seis números débiles, procurando dejarlos al nivel de los otros cuatro, y entonces...—Ah!, le interrumpió casi involuntariamente el amigo, entonces su STABAT de V. seria la obra mas...—Seria una obra regular, y nada mas, concluyó Rossini, una obra bonita, de cierto efecto, pero.... nada mas.

Este juicio tan exacto de una obra propia, prueba lo que es Rossini, y su gran capacidad, mejor acaso que muchas de sus producciones tan justamente alabadas. Porque no hay duda que si el genio de Rossini se hubiera dirigido desde la infancia al estudio y á la práctica de un género mas digno de él, en vez de consumirse entre telones, hubiera producido obras capitales y que seguramente no hubieran muerto antes que el autor, como ha sucedido con sus óperas. Pero Rossini abrazó desde niño la carrera del teatro, sin casi poder pasar por otro punto, y sin motivo alguno para conocer lo que es el teatro. Cuando lo conoció ya era algo tarde, y sin embargo tuvo bastante carácter para abandonarlo, á pesar de los aplausos y de las ventajas que le ofrecia y que con tanto trabajo habia alcanzado, á pesar de tener una reputacion tan colosal y de hallarse en lo mejor de su vida para aumentarla y recoger al mismo tiempo el fruto de sus tareas pasadas. Abandonó el teatro, sin embargo. Dejó de escribir, y se dedicó á... no se puede discurrir cosa mas opuesta, ¡al comercio!

Juzgado el *Stabat* de Rossini por su mismo autor, y en términos tan precisos, no podemos menos de hacer una reflexion á nuestros lectores para concluir; reflexion que, á decir verdad, ha motivado este artículo. ¿Cómo es que siendo el género sagrado el mas rico indisputablemente, aquel en que mayores genios han brillado en todas partes, aquel en que mas abundan las producciones sublimes, ¿como es, decimos, que nuestros aficionados, y aun muchos de los profesores que gozan de reputacion entre nosotros, se empeñan en dar á esta obra una importancia que seguramente no tiene, olvidándose, al parecer, de las muchas que existen en el género, de mérito muy superior? ¿En qué consiste que hay en Madrid una Sociedad que se titula *artística*, y que, llegada la cuaresma, no sabe interrumpir sus escenas de

ópera, y de ópera estrangera, sino cantando precisamente el *Stabat Mater* de Rossini? — Acaso acertemos á dar alguna razon de esto cuando en el exámen del estado actual de la Música en España lleguemos á tratar del llamado Liceo artístico y literario etc., etc., de Madrid.

S. de Masarnau.

SECCION LITERARIA.

CRITICA LITERARIA.

DIDO.

Libro IV de la ENEIDA de VIRGILIO, traducida en verso castellano por Don Fermin de la Puente y Apezechea, (Sevilla-1845).

Ha llegado á nuestras manos un trabajo literario de corta estension, que no conocíamos, aunque impreso en Sevilla hace dos años, y cuya lectura nos ha inspirado la irresistible tentacion de escribir estos apuntes, por mas que pueda parecer intempestivo hablar ahora de cosa que ya no es una *novedad literaria*; nuevo es siempre sin embargo en literatura todo lo bueno, y en este concepto, bien podemos sin recelo seguir adelante en nuestro propósito. El trabajo á que nos referimos es la traduccion en octavas del libro IV de la *Eneida* de Virgilio, hecha con raro acierto por D. Fermin de la Puente y Apezechea. En prueba de ello vamos á hacer resaltar, ó á procurarlo cuando menos, algunas de las principales bellezas de esta difícilísima traduccion, á vuelta de algunas ligeras observaciones críticas que sometemos al juicio de los inteligentes.

Lo primero que nos ha sorprendido en ella es la *facilidad*, digámoslo así, con que está hecha, *facilidad difícil*, segun la feliz espresion de Moratin. En esta clase de tareas, rara vez se consigue ocultar el ímprobo afán que cuesta llevarlas á cabo: ocultarlo es su principal mérito, si no su mérito esencial, pues por lo comun, las obras de amena literatura en que se ven las huellas del trabajo y que salen, por decirlo así, empapadas en sudor, valen poco. La traduccion del Sr. Apezechea está escrita con la naturalidad propia de una composicion original; el traductor se ha embebido de tal suerte en el pensamiento del poeta, que lo ha hecho suyo y lo espresa sin violencia con los términos mas propios del caso en nuestra lengua. Esto es traducir, en la verdadera significacion de esta palabra; lo demas es disfrazar las

ideas con atavios exóticos. Por eso un crítico célebre llama muy oportunamente á los traductores que no logran *apropiarse* los pensamientos del autor á quien traducen, *lacayos vestidos con las ropas de sus amos*. Veamos la primera octava del libro:

La Reina al heroe y su narrar atenta,
Enferma en tanto de mortal cuidado,
La herida con sus venas alimenta,
De oculto fuego el corazon llagado:
A sí propia una vez y otra se cuenta,
Gloria, virtud, valor tan esforzado,
Su semblante y su voz lleva en el pecho,
Ni tregua á tanto afan halla en el lecho.

Aquí tenemos justificado el primer elogio que hemos hecho de esta traduccion: quien no conociese el texto latino, difícilmente podria persuadirse de que esta octava no es original. Pocas son las que no están en igual caso, y ya lo hemos dicho, este es ya un gran mérito en toda traduccion, y señaladamente en una traduccion poética, pero no es ciertamente el único; la exactitud y la concision son dotes ademas, imprescindible la primera, apreciablesísima la segunda. Digamos de paso que muy rara vez van la una sin la otra. El célebre traductor francés de Virgilio, Delille, profundísimo en el conocimiento de la poesía latina, carece de la primera de las dos antedichas dotes, solo porque le falta la segunda: los pocos recursos de su lengua y la índole peculiar del talento poético de este escritor, florido, apacible y de escaso nervio, le vedan aquella espresiva concision que hace tan escelente á la lengua del Lacio, y en que poco, muy poco, tiene que envidiarle la nuestra. Once versos, sin embargo, (y ¡qué versos!) emplea Hernandez de Velasco en verter al castellano los seis de Virgilio, que el Sr. Apezechea ha encerrado muy felizmente en la octava citada, y eso que Velasco los escribió sin la traba de la rima, tan dura en la combinacion adoptada por el traductor moderno. Esto no es traducir, sino desleir los pensamientos. A cinco alejandrinos los reduce en cambio otro traductor francés, Mr. de Campenon, pero se deja sin espresar algunos pensamientos del autor. Escusado es que digamos que esto tampoco es traducir: esto, cuando mas, será imitar.

Resta una última cualidad de que no puede prescindir un buen traductor, y que nunca debe tampoco perder de vista para sus juicios una crítica razonada: aquella cualidad es la de saber conservar en la version, no solo la letra equivalente, mas la mente, el carácter, el tono propio del texto. Este mérito, el mas raro en los traductores, es como el colmo ó la corona de todos las demas:

sin él no hay traducción buena posible, como no es posible que sea bueno un retrato, si al parecido de las facciones y del color, y al mérito del dibujo y de la pintura, no añade la circunstancia de representar fielmente la expresión fisonómica del original. Este mérito es indisputable en la traducción del Sr. Apezchea, y por cierto que el terreno que este ha elegido por hacer alarde de él, prueba una gran confianza en las propias fuerzas, pues cabalmente el libro IV de la *Eneida*, el más dramático y en sentir de muchos, el más bello de todos, es en el que hay más variedad de expresiones y de tonos, más movimiento de ideas, más súbitas y difíciles transiciones de una situación á otra del todo contraria, y por consiguiente una necesidad continua de hacer vibrar distintas cuerdas poéticas. Allí diálogos apasionados, escenas de inefable ternura, terrible lucha de afectos, un discurso irónico, amargas reconvenciones, imprecaciones frenéticas, la agitación y el tumulto de una cacería, una tempestad, presaga sombría de un desenlace lamentable; todas las dificultades del arte reunidas en breve espacio. Veamos con algunos ejemplos como las vence el traductor. Dice Dido, en su bellissimo diálogo con su hermana:

Quizá yo de mi propia me olvidara,
Y pudiera ceder.... y acaso amara!

Porque, Ana.... es la verdad! desde el horrible
Trágico fin del misero Siqueo,
Desde fraterna mano ajó terrible
Mis Penates y el ara de Himeneo,
Á este solo mi pecho hallé sensible,
Este movió mi trémulo deseo:
Del fuego aquel que me abrasaba un día,
Vestigios siento en la ceniza fría.

Mas esta tierra aquí, que me sustenta,
Antes me trague y en sus senos hunda,
Y el rayo que en tus iras se alimenta,
Júpiter, al abismo me confunda;
Todo el horror que el Érebo amedrenta,
Pálidas sombras, noche tan profunda.
Antes que hollar tus leyes que venero,
Antes, Pudor, que marchitarte, quiero!

Obsérvese cuán felizmente espresado está el

Solus hic inflexit sensus animunque labantem
Impulit....

qué lozania, qué diestra inflexión de tonos en los versos de estas dos octavas, la primera tan tierna, la segunda tan vehemente. En la primera se ve la debilidad del amor; en la segunda ya hay exaltación, ya hay un principio de delirio, hábil preparación del poeta para la catástrofe final. Desaprobamos empero en el tercer verso de la primera octava la aplicación del verbo *ajar*, poco expresivo y empleado ya más

oportunamente algunos versos antes: mejor hubiera estado tal vez

Desde fraterna mano hundió terrible
Mis penates

ya que la medida y el régimen impedían emplear el enérgico y veraz *esparcidos* del autor. También hubiéramos preferido en el último verso de la segunda, por más exacto

«Antes, Pudor, que profanarte quiero!»

ó haciendo una levísima transposición, y sacrificando algo de la armonía, decir como en el original:

«Oh Pudor! antes que violarte quiero!»

Reparos insignificantes que solo pueden ponerse á las producciones de un mérito sobresaliente.

Sin el desliz gramatical del segundo verso (*mas dulcísima*) la octava primera de la respuesta de Ana sería un dechado de gracia y suavidad. Todas las de este discurso son felicísimas: véase esta:

¡Oh! sin duda los Númenes piadosos
Y favorable Juno sonrieron,
Y al soplo de los vientos cariñosos
Aquí las naves de Ilión trajeron!
¡Qué reinos á este enlace poderosos,
Cuán grande tu ciudad alzar se vieron!
¿Y á do no subirá Cartago ufana
Si armas la apoyan, y amistad troyana?

En el segundo verso hay un lunar que, aunque pequeño, no puede pasar en un escrito que sin recelo presentaríamos como modelo á la juventud estudiosa. En castellano no se dice *sonreír* sino *sonreirse*: no es verbo neutro, sino recíproco, por más que hoy suela emplearse en el primer concepto y aun como activo. Este descuido se repite varias veces.

Las siguientes octavas espresan superiormente á nuestro parecer la agitación febril de la enamorada Dido y todo el movimiento del texto original:

Árdese Dido, y con furor insano
Vaga por la ciudad. Como inocente
Cierva á quien un pastor con torpe mano
De Creta hirió en el bosque floreciente,
Dejó en la herida el pasador; en vano
Ella de Dite al bosque huye doliente!
Corre las selvas anhelante, inquieta,
¡Siempre en el lado la mortal saeta!

Por medio el muro, en ostentoso giro,
Su ciudad á enseñarle, lleva á Eneas:
Muestra el oro y la púrpura de Tiro,
Y empieza á hablar, ni encuentra sus ideas:
O al dar el día el lánguido suspiro,
Convites busca y lámparas y teas,
Y de Troya otra vez la historia ansía,
Y pende de su labio, y se estasia.

De su casa los ecos importuna,
Busca el escaño que llenó su dueño,
Y al dulce ausente allí por quien suspira.
Ausente escucha, estática le mira.

Difícilmente pudieran mejorarse estas octavas, pero debemos advertir que en el quinto verso de la última es de mal efecto la palabra *casa*, vocablo que no tiene entre nosotros la significación lata y, sobre todo, noble del *domus* latino, que (exactamente como el *home* inglés y el *chez* francés) así significa *casa*, como una *habitacion* cualquiera, y hasta un *templo*, un *palacio*, un *sepulcro*, y por estension la *familia* y la *patria*; la expresión latina *pro domo sua* no puede traducirse á nuestra lengua tomando esta palabra en su sentido recto, pues sería restringir inmensamente su significación. Carecemos de una voz bastante elástica para espresar todo lo que la autoridad de los buenos escritores hace significar al *domus* latino, y en este caso particular nos aventajan ciertamente los Ingleses y los Franceses. El traductor debió, pues, decir:

«de su *alcazar* los ecos importuna»

El tercer verso de la misma octava es también desgraciado, pero lo compensa el cuarto, que traduce muy bien la bella expresión,

«suadentque cadentia sidera somnos».

El final de la octava no puede mejorarse.

Veamos ahora cómo muda de tono el traductor, siguiendo fielmente á su poeta:

Viola así Juno, y que el pudor desecha
Su fama hollando enamorada y loca;
Busca á Venus, y hablándola la estrecha,
Y con amargas quejas la provoca.
«Oh! sin duda, le dice, ¡gran cosecha
De triunfos recogeis, gloria no poca,
Tú y tu niño; á dos Dioses, sorprendida
Una flaca muger viendo rendida!»

No puede espresarse con más oportunidad la intención irónica del *egregiam laudem*, y sobre todo del *spolia ampla*, tan donosamente aplicados á la victoria conseguida por dos divinidades sobre una muger. La parte de la réplica de Juno referente al preparado encuentro de Dido y Eneas en la caverna, está escrita en castellano con la elegante discreción de Virgilio, que es cuanto se puede decir, y la transición de este diálogo á los preparativos de la cacería es felicísima, como en el texto; al tono templado del diálogo suceden de pronto el bullicio y el movimiento perfectamente espresados:

«Redes arma y venablos de anchos hierres:
»Hierven caballos y sagaces perros.»

Sería preciso copiar aquí todo el final de este libro, el triunfo de Virgilio y la perla de la poesía latina, para dar cabal idea del trabajo del Sr. Apezchea, pues en efecto en las últimas escenas del drama, que es cabalmente donde mayores dificultades tenía que vencer, es donde ha luchado con más gloria. Algunas por desgracia son insuperables, sobre todo para quien traduce en octavas, por muy familiar que le sea esta combinación métrica, como parece serlo al Sr. Apezchea. Renunciamos, pues, á entrar en el análisis de aquella lenta y miserable agonía de la infeliz reina de Cartago, de aquellas hábiles gradaciones por donde el poeta la va haciendo pasar de la sorpresa á la ira, de la humillación más rastrera á la fúria más insultante, de una esperanza loca á una desesperación insensata, ya frenética, ya sombría, para llevarla por una pendiente fatal al abismo del suicidio. Renunciamos á recordar el odioso y desairado papel del pio Eneas en aquellas escenas dolorosas. Francamente, nos sería imposible preferir con fundamento donde todo está á la altura del original, donde todo es bueno. ¡Qué valentía, que fuego, qué elevación en las últimas imprecaciones de la desesperada Elisa!

Y aunque de injusta paz leyes admita,
Ni el reino goce, ni la luz serena:
Su vida, antes del término marchita,
Yazga insepulto en medio de la arena.
Este voto postrer que el alma agita,
Doy con la vida: en contra de esa agena
Raza, ejerced ¡oh Tirios! odio eterno!
Este obsequio envidiadme allá al Averno!

Y no solo en las escenas de pasión es feliz el Sr. Apezchea; ninguna de aquellas bellezas del autor que pudiéramos llamar *intencionales*, para distinguirlas de las que constituyen el precioso tejido de su estilo poético, siempre bello, siempre compuesto de bellezas, se le escapa á nuestro inteligente traductor: todas las conserva en su versión por medio de otras análogas, como para hacerlas resaltar ó llamar sobre ellas la atención. Conocido es, por ejemplo, aquel rápido llamamiento de Eneas á los suyos, oído el segundo mensaje del cielo:

«Præcípites vigilate, viri, et considite transtris;
»Solvite vela citi!»

Así lo traduce el Sr. Apezchea:

«¡Sus! ¡despertad! al banco preparado
Los remeros: soltad la vela amiga.»

donde nos parecen dignos de todo elogio por su espresiva oportunidad los cortes en los dos versos, y la supresión del verbo en el inciso *al*

banco preparado los remeros, como si faltase tiempo para espesarlo. No hay menos rapidez en la traducción que en el texto original.

Con igual tino está espesado aquel magnífico pensamiento de Virgilio, al pintar con su imponderable maestría los últimos instantes de Dido:

«.... Oculisque errantibus alto
» Quaesivit caelo lucem, ingemuitque repertam».

Dice así el traductor:

« Los ojos mientras en lo alto divagando
Buscó la luz por el tendido cielo,
Y hallándola, gemió de desconuelo ».

Terminaremos recordando aquel gracioso símil de las hormigas, tan justamente celebrado, que parece por su elegante sencillez un pasaje de las *Geórgicas*, y en el que nuestro traductor ha conservado con singular tacto todos los primores de expresión que esmaltan, por decirlo así, el texto latino, tales como el *hiemis memores*, el *nigrum agmen*, el *calle augusto*, el *opere omnis semita fervet*, tan pintorescos, tan felices!

Cual suelen las hormigas afanosas
Cuando de trigo gran monton saquean,
Que del áspero invierno memoriosas;
A su troj en llevárselo se emplean;
Van, negros escuadrones, presurosas:
La presa por carril breve acarrear;
Parte arrastran el grano con fatiga;
Quién á estas empuja, á otras castiga.

Hierve de trabajar todo el sendero.....

Pero basta ya. Aunque tarde (otros sin duda lo habrán hecho antes y mejor), felicitamos cordialmente al Sr. Apezechea por su traducción y le estimulamos á concluir y publicar la del poema entero del inmortal Mantuano. No le es lícito pararse á quien va por tan buen camino.

Eugenio de OCHOA.

EL CASTILLO DE TANCARVILLE.

LEYENDA NORMANDA DEL SIGLO XIII.

V.

El enviado.

Al anochecer de un hermoso día (ya habían pasado algunos desde la partida del señor de Harcourt), pasando Arturo por una de las galerías inmediatas al patio de honor del castillo, se asomó á una de las ventanas que á él daban, atraído por un violento altercado que cerca de la puerta de entrada se oía. Movían aquella contienda varios criados de la casa, los cuales rodeando á un anciano peregrino que demandaba hospitalidad, le intimaban con la mayor dureza que siguiera su camino, puesto que estando el señor del castillo ausente

no podían ellos tomar sobre sí la responsabilidad de dar asilo á un vagamundo sospechoso. Indignado Arturo con tal brutalidad, bajó precipitadamente al patio, y haciendo retirar á los insolentes criados introdujo él mismo al anciano en el castillo. No bien habían pasado del vestíbulo, cuando mirando el peregrino á todas partes y cerciorado de que nadie los veía, echó hácia atrás su capucha, y presentó al atónito jóven las conocidas facciones del anciano Roberto, bardo de su familia.

—¡Roberto! ¡querido maestro mio! exclamó el jóven... ¿qué novedad te trae por estas comarcas?

—Vengo á buscaros, contestó el anciano con grave y solemne voz.

—Pero, ¿cómo has sabido que yo estaba aquí?

—Mi jóven señor, el cuento es algo largo, y este lugar no es seguro. No teneis algun sitio....

—Sí... vamos á mi cuarto. Y tomando una de las manos del anciano, le condujo á su habitación, situada á bastante distancia del cuerpo principal del castillo, en el cual habitaban los señores y la mayor parte de su servidumbre.

Llegados allá, hizo sentar al buen Roberto, el cual despues de breves instantes de reposo, satisfizo la justa impaciencia del jóven en estos términos.

—Ya sabeis, jóven amo mio, la antigua enemistad que separa la familia de vuestro padre mi señor, de la de los orgullosos barones de *Saint Arnould*. Hace algun tiempo, que envalentonados con los achaques de mi señor, que lo tienen confinado á su cuarto, se han propasado á ciertas demasías, hasta ahora impunes, por carecer vuestros vasallos de un gefe que los guiase á la marcial palestra. En vista de estos sucesos, me envió mi señor á Ruan en vuestra busca, y juzgad de mi asombro cuando al entrar en la sala de armas del palacio de vuestro tío, y antes de haber podido verle, me confió *Raoul* el balletero, que vos no estábais en Ruan y que todos os creían en aquel momento en Villequier. Hízeme mil preguntas, á que el buen servidor se negó á responder, diciéndome claramente que sabia donde estábais; pero que le habíais encargado el silencio, y que por ningun pretexto lo rompería; mas cuando supo el motivo de mi venida, y cuando me oyó ordenarle en nombre de vuestro padre y de vos mismo, que me digese vuestro paradero, ya no pudo resistir, y encargándome que intercediese con vos para que le perdonarais, me reveló vuestro secreto. He aquí los motivos y el objeto de mi venida.

—¡ Ah!... sí—veo que es forzoso partir; pero, Dios mio, dejarla así....

¿Qué decis, señor?—mas decidme ¿qué razon tan poderosa os ha obligado á disfrazaros con el traje que llevais tan poco conveniente á vuestra elevada clase?

—Ese es mi secreto, mi buen Roberto, y en este instante me es imposible revelártelo. Yo parto á arreglar lo necesario para mi marcha; y en tanto procura descansar algunas horas hasta que yo vuelva.—

Diciendo estas palabras, sacó de una alacena algunas provisiones, y dando á Roberto un afectuoso abrazo, bajó precipitadamente al cuerpo principal del castillo. La fortuna, que á veces protege á los amantes, hizo que encontrase sola á la noble heredera, habiendo salido el argos femenino por algunos instantes de la estancia. Al ver á Arturo, corrió la jóven hácia él.

¿Qué traéis? le dijo. ¿Por qué no habeis venido

hasta ahora? y reparando en el trastorno de su fisonomía, exclamó con el tono del mas tierno interés:

—Estais muy palido. ¿Qué os sucede?

—¡Ah! señorita.... soy muy desgraciado. Debo partir.... debo alejarme de vos, tal vez para siempre....

—¿Partir vos? y ¿por qué?... Os ha faltado alguno....

—No, señorita....

—Y entonces ¿porqué nos abandonais, porqué.... qué os he hecho yo?... y la jóven, avergonzada y confusa de lo que iba á decir, se detuvo en medio de la comenzada frase; pero Arturo arrojándose á sus pies:

—¡Heloisa! exclamó: yo os amo.... os amo mil veces mas que á la vida.... mil veces mas que á la felicidad....

—¡Oh! callad por Dios! Si mi aya os hubiera oido!

—¡Heloisa! debo partir al rayar la aurora de mañana: necesito hablaros... descubriros un secreto que es ya tiempo que sepais... cómo... ¿donde podré veros?

—No sé.... solo en mi cuarto.... cuando todos duerman en el castillo....

—Está bien.... iré allá á las doce.... ¿me esperareis?

—¡Oh! ¡sí!.. no llameis... podrian oiros... yo estaré á la puerta.

En aquel momento se oyó la voz de la dueña que se acercaba. Tomó el jóven su arpa y se puso como á acordarla. Heloisa volvió á tomar su labor y se puso á trabajar en ella con el mayor ahinco.

—¡Ola! señor Arturo, exclamó la vieja al entrar; ¿estabais ahí?

—Acabo de venir, señora.

—Y ahora que me acuerdo, ¿quién es ese peregrino que habeis recibido sin darnos cuenta en el castillo?

—Un pobre anciano, señora, que viene de Palestina. Los criados se negaban á recibirle, pero yo que pasaba en aquel momento por el patio, me acerqué á él, y viéndole tan fatigado, creí deber ofrecerle la hospitalidad en nombre de nuestros señores....

—Bien hecho. La hospitalidad no se ha negado jamás en Tancarville á los peregrinos. Ese hombre sabrá muchas historias curiosas de nuestros cruzados; hacédle venir.

—Estaba tan cansado, señora, que le he hecho que se acostase en mi cama, mientras yo venia á daros cuenta.... pero si gustais....

—No; dejadle descansar, y mañana lo veremos.

En seguida tomó su labor y se sentó al lado de la hermosa jóven. La velada pasó como las otras, y al despedirse encontró Arturo un instante para decir por lo bajo á Heloisa:

—¡A las doce!

(Se continuará.)

J. Heriberto García de Quedo.

REPUBLICA DE ARTES Y LETRAS.

Después de haber dado el célebre pianista Henri Hertz su último concierto en New-York, ha marchado á la Nueva Orleans en donde debía embarcarse para la Habana.

M.^{me} Viardot García, la hija del inmortal cantante español Manuel García, acaba de hacer en Berlin una cosa nunca vista en los teatros:

Estaba anunciado *Robert le Diable*, ópera en la cual M.^{me} Viardot debía cantar el papel de *Alice*, y la Tuczeck el de *Isabel*, mas habiendo enfermado repentinamente la segunda, se hacia necesario suspender la función, cuando M.^{me} Viardot se presentó y ofreció desempeñar los dos personajes aquella misma noche. En efecto, con asombro del público que llenaba las localidades del teatro, la cantatriz interpretó con admirable maestría así el amor de la noble Isabel como la abnegación de la sencilla aldeana. La gaceta de *Voss* dice que el entusiasmo de los que la escuchaban fué tal que hubo momentos de confusión y desórden. Y llamada á la escena repetidas veces M.^{me} Viardot consiguió aquella noche un envidiable triunfo.

Hemos visto, pasando por la calle de Atocha, los andamios y tablones correspondientes puestos en facha para volver á revocar la fachada de la casa de los gremios (pasado), banco de Isabel II (presente) y de S. Fernando (futuro).—No dejaremos de volver por allí dentro de algunos dias para saber con que color ha sido *embestida* dicha casa, que por cierto es digna de *buen suerte* tanto por su buen aspecto como por su *ocupación*.

Ya ha visto la luz pública la *Guía de forasteros* del presente año, á la que acompaña un retrato de nuestra Reina pintado por nuestro colaborador don Federico de Madrazo y grabado en París por Calamatte.

En esta semana no han ofrecido nuestros teatros mas novedad importante que la refundición de la *Esclava de su galán*, hecha con superior habilidad por D. Juan Eugenio Hartzembusch. Esta lindísima comedia de Lope, perfectamente puesta en escena, ha proporcionado á la actriz Doña Matilde Díez uno de sus mas envidiables triunfos.—La falta de espacio no nos permite hacer del apreciable trabajo del Sr. Hartzembusch el detenido exámen que merece: bástenos consignar aquí que, él tambien ha alcanzado con esta ocasion un señalado triunfo, sobre los muchos que ya le tienen acreditado de gran conocedor de nuestra antigua literatura, de la índole peculiar de cada uno de nuestros dramáticos de los siglos XVI y XVII, y en fin, de los recursos y exigencias de la escena moderna.

ADVERTENCIA.

En la biografía de Don Leonardo Alenza después de donde dice, «murió prematuramente de una tan larga como penosa enfermedad» quedó suprimido involuntariamente, «el dia 30 de junio de 1845 y enterrado en el campo santo extramuros de la puerta de Fuencarral.»

ESTAMPA DE ESTE NUMERO

DAMIAN FORMENT,

dib. por D. V. C. y lit. por D. F. DE M.

Imp. de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.





MONTANES D^o

J. DE MCLINA

LA CARIDAD ROMANA.

Grupo modelado en Roma por D. Antonio Solá.